

Las diferencias por origen social son muy grandes y también se ven reflejadas en el tipo de estudios que eligen los jóvenes. Los periodos de bonanza apartan a una parte de los jóvenes de la universidad

DESIGUALDAD EN EL ACCESO A LA EDUCACIÓN SUPERIOR



HELENA TROIANO

Profesora del Departamento de Sociología de la UAB y miembro del Grupo de Investigación en Educación y Trabajo (GRET)

Desde los años 70 hemos asistido a un crecimiento sin precedentes del sistema universitario. El aumento de estudiantes se ha mantenido de forma sostenida pasando de 337.052 universitarios en España en 1970 a 1.554.972 en 2001. No es hasta la primera década de los 2000 que vemos cómo la afluencia de estudiantes en la universidad se vincula con los ciclos económicos, de forma que las crisis económicas hacen que se incremente el acceso, mientras que los periodos de bonanza apartan a una parte de los jóvenes de los estudios universitarios.

La excepción la representan, por un lado, las universidades privadas, a las que la expansión económica favorece con más estudiantes y, de la otra, tal como nos explica el profesor Jorge Calero, los jóvenes en riesgo de exclusión, que en época de crisis son los únicos que en España no incrementan la tasa de acceso a la universidad. Porque el acceso es desigual.

Si atendemos al origen social, al menos desde el 2005 y hasta el 2017 en Cataluña, por ejemplo, se observa un acceso de entre el 80 y el 90% para los hijos e hijas de universitarios, mientras que solo es del 40% para las personas con progenitores con estudios secundarios posobligatorios, y del 25% para quien los tiene con un máximo de estudios obligatorios.

Las diferencias son muy, muy grandes, y también se ven reflejadas en el tipo de estudios que eligen, puesto que las personas de origen social más bajo presentan mayor tendencia a evitar los estudios que son más difíciles de completar, como por ejemplo los que tienen una duración prevista más larga, con tasa de rendimiento más baja, dobles titulaciones, en inglés, etc.

Aparte de por origen social, es conocida la diferencia por el menor acceso de los hombres, excepto en las áreas técnicas, y la exigua proporción de estudiantes con progenitores extranjeros, aunque va subiendo. En la segunda década de este siglo hay un descenso del acceso por parte de estudiantes mayores de 25 años, mientras que el acceso desde los Ciclos Formativos de Grado Superior se ve incrementado, siguiendo la estela del gran crecimiento que experimenta la formación profesional.

En la época reciente más próxima, el año de confinamiento por pandemia y posteriores, sabemos que ha habido un incremento de acceso de gente joven en la universidad. Lo que todavía no se ha podido calcular es la tasa de acceso en función del nivel de estudios de los pro-

genitores, de forma que no sabemos la repercusión directa sobre la desigualdad, aunque, vista su persistencia en años anteriores, no corresponde ser muy optimista.

¿Cómo se llega a esta situación de acceso tan desigual? En primer lugar, muchas personas jóvenes ya no alcanzan a estar en disposición de entrar en la universidad porque se han quedado por el camino. El origen social, lo sabemos de sobra, se ve reflejado en las diferencias de resultados a lo largo de todas las etapas escolares. En segundo lugar, sucede que muchos estudiantes de origen social medio y bajo son bastante más prudentes que los de origen social alto en sus elecciones educativas.

Se deciden por vías de estudio más seguras, como las opciones de formación profesional, cuando no han tenido buen rendimiento en la secundaria, o eligiendo estudios universitarios con mayores posibilidades de ac-

abarlos y obtener el título. Los estudiantes intentan controlar el riesgo que asumen, lo hacen procurando asegurarse de que disponen de suficientes capacidades como para afrontar posibles problemas.

Los problemas a los que eventualmente los estudiantes tendrían que hacer frente son de carácter diverso. Por ejemplo, se pueden topar con dificultades económicas por la

poca disponibilidad de recursos; a menudo los estudiantes responden trabajando, si es que el tipo de estudios que cursan se lo permite. O puede ser que se encuentren con que los estudios no responden a sus expectativas, que no les gustan, y entonces la opción de devolverlo a probar accediendo a otros no es tan clara como para los compañeros de origen social más alto; así que no se pueden equivocar, tienen que acertar a la primera. Pero las dificultades más insidiosas son las académicas.

En sí mismas las dificultades académicas son graves, porque suspender comporta frustración, alarga el tiempo, erosiona la legitimidad de estar estudiando en vez de trabajar, etcétera. Pero es que, además, en nuestro país las dificultades académicas van ligadas a dificultades económicas, porque implican la probable pérdida de beca y la recarga del precio de la asignatura que hay que repetir. Así, no es de extrañar que las personas que no disponen de red de salvamento en sus familias, por la falta de disponibilidad de recursos económicos, académicos, o de apoyo en general, rehúyan matricularse en estudios particularmente difíciles de completar. ■

Las dificultades académicas implican la probable pérdida de una beca